

Disneylandia o Diez Años de Fantasía

Angel Valtierra, S. J.

La alegría, fruto de la paz interior, es una virtud cristiana, pero también es una virtud natural. La alegría de la buena conciencia, que para San Pablo se cifra en el hecho de ser cristiano, de estar bien con Cristo, de sentirse identificado con él, puede favorecerse y puede reducirse con la ayuda de elementos accidentales.

En Disneylandia se encuentran reunidos algunos de estos elementos que ayudan a jóvenes y viejos a saborear la satisfacción de encontrar de nuevo muchas cosas que todos aman y que les traen recuerdos o promesas agradables. Podemos decir que algo de esta mágica impresión se percibe incluso al leer las páginas que presentamos a continuación.

Un día el genial Walt Disney llevó a pasear a un jardín infantil a sus dos pequeñas hijas Dianne y Charol, era domingo.

Mientras sus pequeñas correteaban de aquí para allá, él, sentado en una banca, se aburría soberanamente y este estado de ánimo era compartido por centenares de pacientes padres que estaban haciendo lo mismo: ser vigilantes y esperar que pasara la tarde.

La imaginación de Walt Disney, siempre fecunda, se dió a cavilar y se preguntó si no se podría encontrar una fórmula que hiciera posible el poder hallar un modo de entretenerse común a pequeños y a grandes y que a la vez fuera variado, centralizado en un sitio, asequible económicamente a todos.

Durante 20 años la idea le fue yendo y viniendo y como alguien ha escrito, se coció y se recoció en su cabeza tanto que se plasmó en una realización que hoy goza de fama universal: "Disneylandia".

Se podría decir que esta maravillosa ciudad de la fantasía fue fruto de un gran aburrimiento.

En julio pasado Disneylandia cumplió diez años. El mismo Disney ha llamado a su creación el reino maravilloso y en verdad lo es. Centenares de técnicos diseñadores, artistas dirigidos por Disney, han creado una ciudad tan maravillosa que es única en el mundo. Es un producto afortunado de la técnica, la riqueza, el maquinismo y la ficción. Millones y millones de personas han pasado por esa explanada gigantesca cercana a los Angeles (California) y el castillo mágico de la Bella Durmiente se vé desde lejos como una invitación al ensueño y a la vuelta a los mejores años de la vida.

Desde el momento en que el visitante pasa las puertas de Disneylandia, todo lo inverosímil se vuelve realidad, los sueños se transforman en

algo tangible y las almas dejan toda la complejidad de este mundo moderno para volverse sencillas y puras como los niños.

En realidad, ¿qué es, dónde se encuentra, por qué y para qué existe Disneylandia? Estas preguntas se las han hecho millones de personas. La contestación la da el mismo Disney. En la plaza mayor de Disneylandia hay una placa donde se leen estas palabras: "Bienvenidos todos aquellos que vienen a este feliz lugar".

Disneylandia nunca será completada mientras haya imaginaciones en el mundo. Al inaugurar la ciudad de la fantasía en julio de 1955 Walt Disney la definió: "Disneylandia es un lugar donde los niños y los adolescentes, los mayores y los viejos, jóvenes de corazón, pueden distraerse participando juntos de las atracciones y los entretenimientos".

Debemos agradecer a Walt Disney el que haya puesto una ciudad tal que aleja la tristeza y va directamente contra todos los hastíos y refinamientos técnicos de nuestro siglo XX.

Por Disneylandia caminan gerentes de bancos, y niños de primaria, científicos de categoría y mujeres del pueblo, millonarios y sencillas amas de casa, todos con la mirada alegre y el corazón desbordante de una total felicidad. Disneylandia es el mejor descongestionante para millares de seres.

Hace diez años el sitio que ocupa actualmente era un campo de naranjos en la pequeña localidad de Ahmaginein, del Condado de Orange (California), a unos 45 kilómetros del centro de los Angeles. Hoy día es el parque de diversiones más concentrado del mundo: 68.000 metros cuadrados dedicados a fomentar el optimismo y la alegría del corazón.

Es un error el creer que Disneylandia es una creación infantil sin significado profundo.

Este parque como las películas de Walt Disney tienen dentro de un marco de sencillez juguetona una fuerza ideológica formidable.

Disneylandia se divide en muchos compartimientos. Al llegar a ella nos encontramos con un gran parque de estacionamiento de automóviles de 40.000 metros cuadrados; miles y miles de carros están allí alineados en secciones y zonas con un orden estricto.

El parque de atracciones propiamente dicho —reino maravilloso— tiene solamente unos 26.000 metros cuadrados. Está dividido en cinco sectores denominados genéricamente; Países felices, Main Street (Calle mayor), Adventure Land (País de las aventuras); Frontier Land (País de la Frontera); Tomorrow Land (País del mañana) y Fantasy Land (País de la fantasía).

Antes de recorrer algunos de los puntos más interesantes hay que tener en cuenta que Disneylandia constituye en el mundo uno de los centros turísticos más acogedores.

Hay en esa ciudad única en el mundo unos 1.500 empleados de plantilla que en verano suben a los 3.500. Se calcula en cinco millones los visitantes por año y como dato curioso nos encontramos con que entre los asistentes hay cuatro adultos por cada niño.

Como se ve Disneylandia no es cosa de niños. Personajes tan notables y serios como Balduino de Bélgica, Mahomet V de Marruecos, Federico IX y la reina Ingrid de Dinamarca, los reyes de Tailandia, Nehru de la India, por no citar sino algunos nombres, han recorrido como turistas observadores la ciudad de la fantasía. Lo extraordinario es que estas visitas no son protocolarias sino que se mezclan a la inmensa muchedumbre y departen personalmente con Mickey Mouse, Pluto, Donald. Los tres Cerditos. Blanca Nieves, etc.

Solamente a Nikita Kruschev se le prohibió en los tiempos modernos el acceso a esta ciudad de la libertad y de la fantasía.

Entremos en ella, pues por dos dólares y a los niños por setenta centavos se nos da derecho a pasar el mejor rato del mundo.

A Disneylandia hay que recorrerla sin plan fijo y sin mucha preocupación sistemática, pues ella como en los sueños de los niños nos reserva sorpresas que no caen dentro del mundo de la lógica.

Es muy interesante obtener primero una visión de conjunto para lo cual Walt Disney nos da las mayores facilidades: podemos montar en el famoso tren "Santafé" con su gran chimenea de embudo, sus coches amarillos y sus maquinistas en mangas de camisa, chaleco a rayas y visera negra, tren que sale de minúsculas esta-

ciones con un pito agudo que nos lleva a comienzos del siglo. El "Santafé" es un tren lento que va recorriendo todo Disneylandia desde la plaza y calle mayor pasando por las montañas de Matterhorn a escala reducida en cartón piedra y nieve plástica que resiste el sol de California. Adelante nos encontramos con un gran lago por el que navegan barcos de rueda como los del Mississippi, bergantines, piraguas indias, con fuertes y cuevas misteriosas en sus orillas y con islas llenas de aventuras al estilo de Tom Sawyer y de Huckleberry Finn, verdadero paraíso para los niños. Más adelante un poblado indio con figuras y animales automáticos en pleno movimiento y que nos dan la total sensación de la vida. El "Santafé" avanza dejando a su lado canales con canoas rápidas y por encima de las cabezas, los telecangilones de una enorme noria horizontal y el famoso monorraíl aerodinámico, tren del porvenir. De repente se hace la oscuridad, se despliega ante el visitante un panorama fantástico: gigantescas gargantas y fallas del gran cañón del Colorado con sus tormentas, todo ello dentro de un ambiente musical acomodado.

Vamos llegando a la plaza mayor con edificios de finales del siglo XIX construidos a escala reducida y una gran bandera donde se lee este saludo: "Disneylandia. A todos los que vienen a este lugar feliz: Bienvenidos. Disneylandia es vuestro país. Aquí la ancianidad revive cálidas memorias del pasado y la juventud puede disfrutar de las promesas del futuro".

En esa ciudad miniatura hay ópera, bancos, central de bomberos y también circulan viejos autobuses de dos pisos, tranvías, tirados por caballos, modelos antiguos de automóviles, cines mudos, librerías y toda clase de comercios con la especificación de tipos variados donde predominan figuras de Mickey Mouse, de Donald y Blanca Nieves.

Si uno cae en la tentación de la velocidad puede tomar el monorraíl que, sostenido por grandes pilares de cemento a varios metros del suelo, le va llevando por encima de Disneylandia y le va ofreciendo una visión panorámica imborrable. Pero Disney que tiene un hobby especial, los ferrocarriles, nos ofrece dos más: un tren pequeño minero, rústico, que camina con dificultad, que evoca realísticamente el famoso lejano Oeste o el infantil tren zoológico cuyos vagones son verdaderas jaulas.

Hay una nota que llama la atención de todo visitante y es la limpieza material y moral de Disneylandia.

Ni una sola atracción impropia y que no puedan ver los niños y en lo material no se ve por mucho tiempo en el suelo un papel, una colilla o un cartón o cajetilla vacía, pues más de 800 empleados van continuamente creando este ambiente de limpieza típico de Disneylan-

día. Por la noche una brigada de 150 hombres se encargan de poner Disneylandia al día. Nunca se apagan las iluminaciones a fin de comprobar si todos los bombillos están funcionando y una especie de fiebre se apodera de esos empleados que persiguen al gran enemigo: el chicle. Tal vez sea el único sitio de los Estados Unidos en donde está prohibida la venta del chicle: sin embargo hay contrabandos,

Dentro de este mundo curioso nos encontramos con que cada empleado tiene tres uniformes iguales, uno que lleva puesto, otro que está limpiándose y otro de reserva, total más de doce mil. Todo un equipo de 21 empleados y máquinas trabajan para estos uniformes.

Hay algo todavía más notable. Walt Disney no es un gerente lejano ya que desde el figurín más insignificante hasta la maquinaria más complicada debe ser revisada personalmente por él y recibir su visto bueno.

En Disneylandia hay una nota extraordinaria y es el colorido. Es la epopeya del color, la loca policromía que se entra por los ojos y contribuye a intensificar ese ambiente de alegría típico de Disneylandia.

Color por todas partes, tejados azules, rojos, todas listadas, anuncios y carteles de todos los colores, la policromía multicolor "del mayor mercado de flores naturales creado por la naturaleza". Uniformes que de intento se han hecho variados. Despliegue fabuloso en donde predomina el verde en el país de las aventuras, agua, selva, jungla; colores ocres en el País de la Frontera, con sus casas de adobe y sus fortines rocosos; colores claros y fuertes en el País del Mañana y en el Reino de la Fantasía, triunfo del color en todo el sentido de la palabra, unido al vestuario de los muñecos animados y de los empleados de Disneylandia.

Algunos aspectos estelares.

En 1955 se estrenó Disneylandia con 22 atracciones básicas; hoy pasan de 50. Es difícil determinar cuáles son las más interesantes, ya que mucho depende de la edad y las aficiones del visitante, pero no se podrá negar que hay algunas que son únicas en su género y universales, tales como: El Diorama del Gran Cañón. La excursión por tren y monorrail. Las canoas indias, el Castillo de la princesa encantada. Las aventuras de Blanca Nieves. El teatro fantástico. Alicia en el país de las maravillas. La excursión en bote por el canal rodeado de selvas, la super-autopista. El carrusel. El viaje submarino. El viaje a la luna. Las tazas voladoras. Los safaris en la selva y el palacio encantado de tiqui-rum, etc.

La excursión submarina constituye algo inolvidable. Una flota de ocho unidades que en su exterior reproduce modelos auténticos y en su

interior están abastecidos con sillones individuales colocados ante amplias ventanas que proporcionan clara visibilidad a ese mar interior artificial y que constituyen una realidad de sumergimiento completa sin claustrofobia; hay visión clara de la fauna y de la flora del fondo de los diferentes mares; se pasa bajo el casquete polar, hay ciudades hundidas, terremotos submarinos y para que no falte nada, sirenas sofisticadas de gran originalidad.

El recorrido es inolvidable.

Otro espectáculo de diferente colorido lo constituye las aventuras por los ríos del mundo, donde al paso de lanchas de motor entoldadas el espectador va recorriendo famosos ríos africanos, asiáticos y americanos con sus orillas llenas de vida artificial, animales movidos eléctricamente, cocodrilos al acecho, hipopótamos, leones devorando su presa, cazadores de cabezas, cascadas, luchas de elefantes, etc. Todo un mundo de aventura y de ingenio.

Para los que gusten de emociones más fuertes está el Matter-Horn o Montaña elevada con los telecangilones que la atraviesan y los trineos que se deslizan a gran velocidad. Para los que quieren cosas más sonrientes están las navicillas de Peter Pan volando o las famosas tazas rodantes del famoso té de Alicia en el país de las maravillas; puede adentrarse a las estancias del palacio de la Bella Durmiente o ir en coche reviviendo las aventuras de Blanca Nieves y los siete Enanitos.

Walt Disney es insuperable en el arte de la animación, su famosísimo tiquirum es una obra de arte única en el mundo. Una cabaña hawaiana en que doscientos artistas, pájaros, flores, genios y dioses de madera actúan como seres vivos donde la función comienza con una charla entre cuatro guacamayos, el hispanoamericano José, el alemán Fritz, el francés Pierre y el irlandés Micay, para seguir luego con el coro de las Catorras que imitan asombrosamente a las primas donnas; las tiquis que tocan el tamborín llevan el cumen esta estupenda sorpresa.

Para los viejos de corazón joven está el paseo en el barco fluvial de ruedas, donde una orquesta de negros tocan nostálgicos jizzes o representan teatro del 90 o también si quieren pueden subir a un barco pirata y disparar cañones del siglo XVI. La fuerza de Walt Disney para aprovechar los últimos inventos de la ciencia es prodigiosa; esto constituyó su éxito en la Feria de Nueva York. En el Tikirrun, como en el pabellón de Pepsi Cola a base de simples magnetofónicas de 5 bandas, músculos hidráulicos, amplificadores y controles neumáticos que van articulando de una manera musical perfecta los movimientos de las cabezas de los picos, de los pétalos emitiendo sonidos y gorjeos con una especie de sincronización vital.

Para otros Disneylandia será el mundo mágico de los cohetes auto-dirigidos, los viajes a la luna o los platillos a chorro.

En Disneylandia todo parece funcionar por obra de magia. No hay choques y los caminos trazados son perfectos, pues hay un sistema de rieles sumergidos perfectamente armónico.

Disney es un verdadero deus ex-máquina de su reino encantado donde máquinas y aparatos continuamente revisados por ingenieros funcionan sin fallas. Pero tal vez lo más interesante de Disneylandia sea el conjunto humano que la visita, siempre distinto, y con notas características especiales.

El público que noche y día llena las calles y las edificaciones minúsculas de esa ciudad de la fantasía y en que el tiempo pasa con una velocidad increíble. Esta proyección humana que lo imbebe todo hace que Disneylandia no sea un parque más para niños ni un alarde técnico para mayores, sino algo único que tiene sangre y vida y que llena el alma de alegría, optimismo, y paz. Multitudes inmensas de todos los colores, creencias, razas y clases que van recorriendo diariamente la ciudad de Disney, despreocupadas, con la risa en los labios y el corazón rebosante de optimismo.

Reino que nos hace mejores dentro de una alegría sana.

Walt Disney, hoy, después de diez años, puede sentirse orgulloso de Disneylandia. Es uno de los grandes sembradores de alegría en el mundo y su técnica y fantasía se han puesto al servicio de lo mejor de la humanidad.

Ojalá que estas ciudades se encontraran en todo el mundo y que creadores como Walt Disney ocuparan el lugar de tantos hombres preocupados por el dominio, por el odio y por la tristeza humana.

Terminamos con las mismas palabras que Walt Disney ha querido poner como bienvenida a los que visitan su ciudad. "Todos los de Disneylandia esperan que la visita que usted hace hoy constituya una memorable y feliz experiencia para usted y su familia".

A Disneylandia se le ha llamado el reino maravilloso porque combina la fantasía con la historia, la aventura con la enseñanza, mundo

abierto a todas las variedades del entretenimiento.

Durante su visita deténgase un momento en la torre de la Plaza Mayor. Allí sobre la base de la bandera usted hallará el mensaje que refleja el verdadero fin de Disneylandia.

"Bienvenidos todos aquellos que vienen a este lugar feliz".

Disneylandia es su tierra. Aquí la edad revivirá y amarrará al pasado y la juventud podrá saborear el desafío y la promesa del futuro".

Disneylandia está dedicada a los ideales, a los sueños, y a las realidades fuertes de crear una América".

Puede esperarse que ella será una fuente de alegría y de inspiración para todo el mundo.

DISTRIBUIDORES PARA
EL SALVADOR:



Tónico Reconstituyente

Droguería Cosmos

Calle Delgado 317 — Tel. 21-31-00.

REGALOS DE BODA, *lo más nuevo y elegante a precios razonables los encontrará en*

PARIS VOLCAN

SAN SALVADOR